

El despertar

Agustín Aníbal Herrera Yáñez

EL DESPERTAR
Un relato de ficción

Agustín Aníbal Herrera Yáñez

Capítulo 1

Esta es una historia común y corriente, símil de nuestras vidas, inspirada por nuestro deseo de ser alguien y con la realidad de ser indiferentes a los ojos de la existencia que es. No pretende ser más esclarecedora que la vida misma pues es producto de ella.

Esas palabras chocaban en la cabeza de Rivus, no recordaba el lugar donde las había oído por primera vez, tampoco es que le resultase importante saber más, el mareo le impedía centrar sus pensamientos en cualquier cosa profunda.

—¿Por qué resulta tan horrible despertar de una noche de placer? —se preguntaba, indispueto por los efectos de la resaca mientras se daba vueltas en su cama.

Estoico, hizo fuerzas de la nada y se levantó, cogió su camisón diurno, se puso su pantalón largo y lo sujetó con una soga. Su rutina diaria de las últimas semanas era exactamente la misma: levantarse, vestirse, hacer fuego en la chimenea y poner a hervir agua para desayunar café de trigo con una hogaza de pan. Le tomaba tres cuartos de hora preparar su día, lo hacía resignado, con una visible melancolía mal disimulada, actuada para dar lástima, pero no había persona que lo viese, lo hacía por autocompasión. Una vez desayunado iba a la plaza del pueblo, a escuchar el sermón de doña Justina, toda la comunidad se reunía allí, sin importar el tiempo nadie se perdía las palabras de la anciana que con un fervor admirable contaba un pasaje de la enseñanza para luego invitaba a todos a rezar y agradecer por un nuevo día. Rivus admiraba la entereza de esa mujer, la confianza y fortaleza que emanaban de sus prédicas, tanto así que no dudaba en amenazar con la mirada a quien no pusiese atención durante el acto y no vacilaba en confrontar a quien hablase mal de ella en cualquier otro momento y lugar.

—¿Por qué ella y no yo? —se preguntaba a veces—. ¿No podrías, señor, darme un poco de su firmeza de espíritu?

Desde que los ataques de las bestias principiaron, los sermones adquirieron, con el pasar del tiempo, más importancia para la comunidad. Para Rivus esto no fue así, desde pequeño vio la importancia de estar bien con su alma y su creador, y a pesar de ser un tipo reservado, su devoción no pasó desapercibida por los suyos, su figura inspiraba respeto en estos días aciagos, pocos tenían el valor de arriesgar su vida por los otros, muchos lo hacían obligado por las circunstancias, pero casi ninguno mostraba el compromiso de Rivus en la tarea, ya que luego de las escaramuzas se quedaba a vigilar a los heridos y ayudaba a cavar las tumbas de los caídos. Esa mañana honraban la memoria de los abatidos

en la última partida de caza.

—Señor, te damos gracias por otro día más de vida y te pedimos que, con tu gracia, nos des la posibilidad de ver otro amanecer más... —decía la anciana con voz firme.

Todo el pueblo estaba con sus ojos cerrados y con la cabeza gacha, Rivus no era la excepción, lo hacía de todo corazón, sentía que las palabras de doña Justina se volvían un todo con su alma, como si dios mismo le hablase por medio de los labios de aquella mujer. En medio de su oración, un ruido muerto empezó a molestarlo, intentó ignorarlo, pero se tornaba más fuerte, eran pasos de alguien que se aproximaba.

—Algún mentecato llega tarde —pensó—, que irresponsable, que irrespetuoso.

Conteniendo la ira mantuvo sus ojos cerrados mientras se esforzaba por continuar rezando, presentía que no lo lograría, enardecido abrió sus párpados con ánimos de buscar al causante de dicho estruendo, al verlo no supo cómo reaccionar: se trataba de un niño, con sus rasgos faciales tensos y una expresión de terror evidente, todos los presentes tornaron en su atención en él.

—¡Monstruo! —gritó entre jadeos—. ¡Monstruo, monstruo! —repitió con la voz quebrada y casi desfalleciendo apuntó hacia atrás, indicando la calle por donde llegó.

La cólera se disipó de inmediato, sin pensarlo se llevó la mano a su cintura, pero no encontró su espada, la había dejado en casa. El alcalde del pueblo subió al estrado donde estaba doña Justina.

—¡A las armas compañeros! —gritó con potente voz, haciéndose escuchar dentro del pavor general— ¡ancianos, mujeres y niños dentro de la capilla, ahora!

Aún no lograban entrar a la capilla cuando hicieron presencia unas furiosas bestias, unos canes enormes y de aspecto aterrador, sus hocicos estaban manchados con sangre y parecía que salía fuego de sus fauces. Los hombres del pueblo formaron un cordón en la puerta de la capilla, hacían de barrera humana para que las bestias no atacasen sus vecinos. La gran mayoría tan solo portaba sus herramientas de los campos para hacer frente a la amenaza, un vecino le entregó un rastrillo a Rivus para defenderse.

El asalto de las bestias fue implacable, saltaron sobre ellos determinadas a matar, algunos murieron instantáneamente, siendo sus cabezas trituradas por las mandíbulas de tan salvajes criaturas. Rivus intentó parar el mordisco de una de ellas interponiendo el mango del rastrillo entre la

bestia y él, de algo sirvió, el mango fue destrozado en el acto, cayó bajo el peso del animal, pero se conservó de una pieza. Su primera reacción fue intentar sujetar el cuello del can para evitar que le mordiese, no obstante, era cuestión de tiempo para que sus brazos se debilitasen y fuese devorado. En un actuar desesperado pateó los genitales del animal, causando una pausa en la embestida que le permitió empujarlo hacia un costado y agarrar la mitad útil de la herramienta para hacerle frente. La bestia volvió a saltar sobre él, pero este se hizo a un costado aprovechando el momento para atacarle, lacerando el cuerpo de la criatura.

—¡Rivus, arriba! —le gritó Ike, uno de sus pocos amigos, mientras le lanzaba una hoz para que rematase al animal.

—¡La tengo! —dijo al tiempo que la cogía.

Hábil con la hoz, le rasgó el cuello al animal, la sangre manaba a chorros.

—¡Hoz de vuelta Ike! —avisó.

—¡Detrás de ti, insensato!

En un movimiento rápido e inconsciente, logró protegerse de otra embestida, aunque perdió el equilibrio, quedando expuesto en el suelo. Los demás que peleaban lo rodearon para resguardarlo, apenas se repuso volvió al combate, terminada la confusión inicial, los vecinos del pueblo pudieron defenderse de manera coordinada. Les costó acabar con todas las alimañas, lo consiguieron a duras penas.

Terminada la lucha, las mujeres salieron de inmediato a ver a sus esposos, fue un espectáculo lamentable ver los cuerpos masacrados de algunos de ellos, sus rostros indistinguibles en charcos de sangre, recién viudas lloraban a mares. Cada día sobrevivían menos, pronto ya no tendrían quien empuñase armas para defender al pueblo.

Esa misma noche, en la taberna, Rivus e Ike charlaban al respecto, bebían trigo fermentado para aliviar los dolores del día y disipar el cansancio de haber cavado tumbas para los fallecidos en la refriega. No eran los únicos, se había vuelto costumbre en el pueblo ahogar los males en el alcohol, siempre se seguía una misma rutina: lamentar los males del día a la espera de los efectos tranquilizantes y luego disfrutar la noche sin importar la resaca del día siguiente, nadie se preocupaba por eso, problemas del día siguiente se decían a sí mismos.

—Si esto sigue así, pronto seremos nosotros los siguientes en la lista —afirmó Ike, pesimista.

—Y no faltará mucho, cada vez son más frecuentes las incursiones de esos animales —lamentó Rivus mientras bebía un sorbo de su cerveza.

—¿Qué es lo que buscarán? —se preguntó Ike, molesto.

—¿Acaso importa? —le contestó— tan solo arrasan nuestras tierras y matan lo que tengan de frente.

—Son los mismísimos demonios —añadió Ike al beber todo su vaso— y acabaran con todo el reino.

—Ja, reino —se mofó Rivus, escéptico— hace un mes que el alcalde envió cartas de ayuda al rey y no hemos obtenido ninguna respuesta.

Un silencio incómodo separó la conversación.

—Tal vez ni siquiera alcanzó a llegar a la ciudad —dijo un tercero de una mesa cercana.

Ambos suspiraron al unísono, se miraron a los ojos y brindaron, pero sus vasos estaban vacíos

—O rellenamos esto o nos morimos aquí mismo —se dijeron.

Capítulo 2

Al día siguiente, Rivus despertó con resaca, no recordaba nada de la noche anterior.

«Qué alivio», pensó.

Siguió su rutina matutina como si nada, tal como si de un dogma se tratara, con la única salvedad que esta vez no se desprendería de su espada, jamás, la llevaría a todas partes, listo para cualquier nuevo ataque de la jauría, no se dejaría sorprender nunca más por el enemigo. Aquella mañana le costaba coordinar sus extremidades. No esperó a que el agua hirviese, bebió agua tibia y apenas probó el pan. Aquella mañana, comer era un suplicio. Aún no terminaba de desayunar cuando el sonido fuerte y prístino de una trompeta le retumbó en la cabeza, conmocionándole.

—¿Qué rayos es eso? —se preguntó, paralizado.

Una segunda tonada, exactamente igual a la primera, dejó claro que fuese lo que fuese revestía de cierta importancia. Salió a duras penas de su casa, completamente afectado por el dolor, encaminó sus pasos a la plaza del pueblo. Al llegar contempló a un grupo de tres personas pintorescas, vestían ropa de colores chillones y portaban insignias reales. Todo el pueblo se había congregado ante su llamada. Hubo un tercer llamado antes de que uno de ellos pronunciase palabra.

—En nombre de su más real majestad y su más santísima eminencia —princió el heraldo de manera solemne—, tienen ustedes el honor de ser tomados en cuenta por tan dignas y mejores personas. A ninguno de los habitantes del reino le es desconocido que los ataques de seres infernales se han hechos desgraciadamente frecuentes, masacrando a nuestras mujeres, niños y ancianos, es por esto que tanto nuestro rey como nuestra eminencia han debatido el quehacer futuro y hacen un llamado todo hombre valiente, justo y temeroso del señor que quiera emprender una cruzada contra el mal que amenaza desde tierras malditas a nosotros, siervos del señor. Cualquier vecino que desee responder al llamado de dios y de su rey tendrá asegurado un lugar de honor en vida como en la muerte, así como una porción de las tierras que se purifiquen.

Un murmullo general inundó el ambiente, había un interés general por la propuesta, pero la verdad es que no había muchos dispuestos a responder al llamado, la mayoría de los habitantes eran mujeres y niños, los hombres eran en su mayoría entrados en años y no estaban dispuestos a ir a una empresa lejana por nuevas tierras, les bastaba trabajar los campos que ya tenían. Tan solo cinco hombres podían responder al

llamado, instintivamente juntaron a comentar la proposición.

—No pienso responder al llamado del rey y del sumo pontífice —dijo uno—, me casaré pronto y pienso ser un hombre de bien para con ella y para con mis vástagos.

—Yo no quiero dar mi vida por una causa perdida —sentenció otro—, solo el poder de dios, y no de los hombres, podrá hacernos salvos.

—Yo responderé al llamado de su majestad —dijo Ike, confiado—. ¿No veis que es nuestra oportunidad de hacer algo por los nuestros?

—¡Sí! y de dejar esta pobreza, de hacernos señores y tener largas tierras a nuestra disposición —afirmó el tercero.

Ike le miró desconfiado, no apreciaba a quienes se apegaban a lo material.

—Yo también iré —dijo Rivus—, no tengo nada que perder.

Tan solo esos tres fueron a prestar juramento ante el heraldo. El rito fue breve, juraron por dios, el rey y su honra, se les prometió tierras si conquistaban y clemencia por sus pecados si morían para poder encontrar la paz en los brazos del señor.

—Ahora sois hombres de dios y el rey —dijo el heraldo, sonriente—. Bienvenidos ustedes, partiremos mañana al despuntar el alba desde esta misma plaza.

Capítulo 3

El viaje a la capital fue largo, caminaron durante una semana, al principio el heraldo, su oficial y su trompetista les acompañaron, pero no tardaron en despedirse bajo la excusa de ir a otros poblados a reclutar más personas para la campaña.

—Id con dios caballeros —les dijo al despedirse—, no olvidéis presentar las cartas que habéis firmado al centinela de la puerta del castillo, se les atenderá como es debido.

Los tres hombres continuaron su camino solos, caminaban en silencio durante el día, dormían alrededor de una fogata en la noche, y se contaban historias mirando a las estrellas. Esa fue su rutina durante los seis días y seis noches que duró la travesía, comieron carne seca y pan durante el viaje, bebían el agua de los ríos y con determinación no amainaban el ritmo. Al séptimo día vieron el castillo del rey a lo lejos, altos muros lo guarnecían y toda una ciudad se erigía a su alrededor, casas y granjas se pegaban a la urbe, causando la sensación de ser un emplazamiento colosal. Todo les parecía muy llamativo a los tres viajeros, jamás en su vida habían visto algo así, parecía ser el hogar de miles de personas. Se sintieron importantes y contentos de haber respondido al llamado, una vez dentro la gente los miraba de reojo sin advertir el calor que emanaba de sus corazones. En las puertas del castillo se presentaron ante los guardias, mostraron las cartas en que constaban sus juramentos.

—Bienvenidos compañeros de armas —les dijo el encargado, desinteresado—, preséntense ante el sargento para que les asigne sus dependencias y deberes.

Los tres vieron sus ansias truncadas en el acto, ninguno de sus camaradas mostraba interés en la cruzada que se llevaría a cabo, actuaban con una disciplina férrea, sin mostrar emoción alguna, entrenaban como autómatas. Poco a poco, los tres fueron perdiendo las ganas de estar allí, apenas tenían tiempo para charlar durante los almuerzos, la técnica en sus vidas reemplazaba cada atisbo de humanidad.

—Esta no es vida —dijo uno—. ¿Habéis visto que no hay ningún momento de relajo como en la granja?

—Esta no es la granja, es el castillo donde reside su majestad y el sumo pontífice —le respondió Rivus— debemos estar agradecidos por su gracia.

—¿Qué dices? —le reprendió Ike—. El rey no se muestra ante plebeyos y el sumo pontífice apenas nos da sermones una vez a la semana.

—Debe ser un hombre ocupado, tiene que cuidar por todas las almas del reino —replicó Rivus.

—Extraño los sermones diarios de doña Justina —comentó el otro.

—Y yo —agregó Ike—, no creí que me fuese a pasar, pero extraño las prédicas de esa señora, escuchar sus palabras mientras el viento del campo abraza el rostro...

—Vamos compañeros, no desfallezcáis —le arengó Rivus—. Es cierto que han cambiado las cosas, pero tenemos al sumo pontífice cuidándonos, tenemos mejores comidas que todo el pueblo y una seguridad enorme ¿no habéis notado lo fácil que es dormir cada noche?

El sonido de la campana les interrumpió, se había acabado el tiempo de comer, era hora de limpiar el lugar y volver a los entrenamientos. Cada día que pasaba hacía mella en la moral del grupo, solo Rivus parecía mantener los mismos ánimos del primer día, inclusive sonreía al entrenar, confiado en que tenía una misión importante que cumplir, erradicaría el origen del mal y ayudaría a mejorar la vida de las personas, no podía pedir más, su vida parecía tener sentido.

Los días que siguieron a ese fueron exactamente iguales, levantarse temprano, rezar, desayunar, entrenar, almorzar, limpiar, entrenar, hacer guardia e ir a dormir. Una rutina de hierro que tan solo variaba cuando tocaba ir a escuchar al sumo pontífice los domingos. Transcurrido un mes, se les llamó para asignación de pelotones, oficialmente eran todos soldados. Rivus recibió un llamado especial, no se le asignó batallón, sino que fue llamado por el rey a un congreso especial. No podía estar más contento. Apenas vio a Ike le contó de su llamado, su amigo no se inmutó.

—¿Qué sucede Ike? —le preguntó Rivus, preocupado—, creí que te gustaba la idea de hacer algo por nuestros seres queridos.

—Y lo haremos, es nuestro deber como soldados del rey —le respondió fríamente—, nadie merece reconocimiento por hacer lo que debe. Rivus quedó perplejo, su amigo era un soldado más.

—Venga hombre, muestra más ganas —le dijo—, cuando esto acabe y los tres volvamos a la aldea seremos héroes, viviremos como reyes y podremos casarnos con quien queramos.

Ike esbozó una amarga sonrisa, podría decirse que sentía lástima por su amigo.

—Nuestro vecino ha pedido volver al pueblo —dijo sin emoción— lleva

semanas sin estar entre nosotros.

Rivus quedó desconcertado, no se había dado cuenta en lo absoluto, tan absorto estaba en su día a día que el mundo había dejado de existir para él, sintió culpa, era normal que su amigo se mostrase distante, pues no había hecho otra cosa que entrenar y encomendarse a dios. Quizás el verdadero autómatas era él.

Capítulo 4

A primera hora, Rivus se presentó en la corte del castillo, fue el primero en llegar, estaba ansioso por saber por qué le habían llamado. Grande fue su sorpresa al ver al rey, a sus consejeros, al sumo pontífice y a su séquito en persona, hubo respetuosos saludos entre todos los presentes, la solemnidad era absoluta. Rivus temblaba de nervios, deseaba con todas sus fuerzas estar a la altura de la situación. Una vez concluida toda presentación el rey habló a los presentes:

—Mis muy preciados súbditos, un rey no sería nada sin ustedes —dijo con una voz ceremoniosa y potente—, les hemos reunido aquí porque tengo un anuncio que hacer, quizás el más importante hasta ahora: nuestros exploradores han encontrado la raíz del mal que azota nuestras tierras, es un demonio cuya fortaleza se encuentra a quince días de distancia hacia el este.

—No es un demonio cualquiera, es un comandante de las fuerzas del mal, del mismísimo mal, y no descansará hasta haber destruido nuestras tierras, haber violado a nuestras mujeres y degollado a nuestros niños —agregó el sumo pontífice.

—Es por eso que he convocado a todo el reino para que se haga cargo de una cruzada, y he seleccionado a los mejores para una importante misión: desterrar al demonio de este plano, mandándolo de vuelta al mismísimo infierno —dijo con determinación el rey—. Y ahora mis preciados presentes, les presento a quienes nos salvarán de este tormento eterno, son: mi mejor teniente, Antón el terrible...

—Acacio el beato —dijo el sumo pontífice, de manera sincronizada con el rey— y Celia la purísima...

—Y junto a ellos, un representante popular —retomó el rey— Rivus, quien ha destacado en sus entrenamientos según me informan sus oficiales al mando, mostrando una lealtad y obediencia a toda prueba.

Un murmullo en la corte comentaba lo pertinente del último nombramiento.

—Me parece, su majestad, que el señor Rivus requerirá de algún apodo —le comentó una consejera— la integridad de la compañía no puede permitirse ser mal llamada.

El rey y el sumo pontífice se miraron y asintieron con la cabeza.

—Sea pues, desde ahora y en adelante la persona conocida como Rivus será Rivus, el leal —sentenció el sumo pontífice—. Que su espada no

decaiga y expulse a la oscuridad de este mundo —miró al heraldo presente—, que quede registro de tal nombramiento —ordenó.

Acabada la ceremonia, Rivus no podía contener su felicidad, el mundo entero le sonreía, el sumo pontífice en persona le había dado un sobrenombre, sumado a que formaba parte de un grupo de élite seleccionado por el rey. Vestía orgulloso su nuevo uniforme de soldado de la guardia real: una especie de dalmática de colores claros y unos pantalones de iguales colores, tal era la solemnidad que irradiaba que sus antiguos camaradas del entrenamiento le reverenciaban levemente al verlo, quiso ir a la taberna del pueblo, pero no le dejaron salir del castillo, una persona de su talla no podía juntarse con la chusma común y corriente.

—Un precio justo por una causa justa —pensó sin darle mayor importancia.

Aprovechó el resto del día para entrenar y encomendarse a dios, saldría a la mañana siguiente, encabezando el ejército real junto al rey y a su comitiva.

Capítulo 5

La salida del castillo fue ceremoniosa, montaba en caballo detrás del rey y el sumo pontífice, a su lado iba el teniente Antón; Acacio y Celia iban detrás de ellos. La gente salió a despedirlos, arrojaban flores a sus pies y les deseaban un feliz regreso. Rivus no cabía en sí de dicha.

—Gracias señor por esta oportunidad —pensaba—, no fallaré y cumpliré tus designios.

Ya en las afueras de la ciudad, cuando las granjas se volvían distantes a la vista, el rey y el sumo pontífice se despidieron del ejército, volvían al castillo para la administración del reino.

—Tal parece que los reyes no manchan sus manos con sangre ni sus pies con barro—comentó Antón una vez su majestad estuvo lo suficientemente lejos—. ¿Qué te parece novato?

—Ellos tienen más deberes que cumplir, señor —contestó Rivus inmediatamente—, es un honor que nos hayan venido a dejar a las afueras...
Antón le miró con suspicacia y desdén.

—Ya veo por qué te han puesto Rivus, el leal. —comentó mordaz—. ¡Tropas, hacia el este! —ordenó al ejército— paso ligero.

Los primeros días fueron tranquilos, aún dentro de los límites del reino, nadie se atrevía a molestar a semejante grupo armado, cabalgaban por horas, lentamente para no dejar atrás al grueso de las tropas que eran infantería a pie. El tiempo les fue propicio, cada amanecer era brillante, los días frescos y las noches tibias. La moral de las tropas estaba alta, casi parecía un viaje de placer más que una marcha hacia la guerra. Acacio y Celia daban las gracias cada mañana y cada noche por el buen desarrollo de la empresa, durante el día charlaban con Rivus, que no dudaba en preguntarles por las enseñanzas del señor y como profundizar en la fe. Antón, por el contrario, no hablaba mucho, se mostraba comprometido con el buen curso de la misión más que por conocimientos teológicos, Rivus no comprendía como podía ser tan desinteresado por los temas de dios y, sin embargo, estar al mando de un ejército cuyo objetivo era precisamente cumplir los designios del mismo.

—Hay cosas que jamás comprenderé en este mundo —se decía a sí mismo—, pobre teniente, ojalá el señor lo tenga en su gracia.

Con el correr de los días llegaron a la frontera, al cruzarla no tardaron en aparecer las lluvias, volviéndose frecuentes a medida que avanzaban hasta que llegó un momento en que se hicieron interminables, lloviendo

noche y día, cada paso las hacía más intensas.

—Es solo un poco de agua, y el agua purifica la tierra —comentaba Acacio, estoico.

—Estas lluvias son un regalo del señor y una prueba para nuestra voluntad que debemos superar—añadió Celia.

Ambos mostraban una fortaleza de espíritu tremenda, parecían estar por sobre todas las vicisitudes mundanas, Rivus los admiraba y respetaba tanto como a doña Justina, seguía su ejemplo de serenidad como si fuese un miembro del clero más. Antón se mantenía distante de ellos, pese a que compartían la misma tienda de campaña para dormir y descansar.

Fue durante una pausa para almorzar que un explorador pidió entrar a la tienda para informar, Antón le concedió el ingreso.

—Señor, hemos divisado un poblado a dos leguas de distancia, visten ropas extrañas y parecen tener armamento —informó el soldado.

—Que todo el ejército se ponga en alerta, debemos prevenir cualquier emboscada del enemigo —ordenó Antón, con una claridad y lucidez tan imponente como natural.

Tanto Acacio como Celia se miraron tristemente.

—Estamos muy lejos del reino, muy posiblemente han caído bajo el influjo del demonio —comentó Acacio.

—Debemos darles una oportunidad de mostrar a que bando pertenecen —dijo Celia— es nuestro deber como buenos hijos del señor.

Antón accedió a enviar un emisario desarmado al poblado, ellos observaban a la distancia desde un punto elevado. El enviado cargaba una enorme cruz de madera a sus espaldas para ponerla frente a ellos. Los pueblerinos lo miraban curiosos mientras se acercaba con paso firme y seguro a la plaza del pueblo. Una vez allí gritó una consigna religiosa y comenzó a rezar en voz alta.

—Tal parece que no son malas personas —comentó Rivus al ver que no le atacaban y la gente se congregaba alrededor.

—No debemos sacar conclusiones apresuradas —rebatía Antón.

—Somos hijos del señor que es amor, todos nosotros —dijo Celia, con ánimos de reprender a Antón por su desconfianza—, no es correcto

suponer la mala...

No pudo terminar su oración al ver que un sujeto clavaba un cuchillo en el vientre del emisario y rompía la cruz de madera.

—Perros bastardos —magulló Rivus, iracundo.

—¡Oficial! —gritó Antón—. Dé la orden de marchar contra la aldea y tome nota del valor de ese soldado.

—Sí señor, inmediatamente —respondió el oficial.

—Un mártir de la obra del señor —lamentó Acacio—, señor tenlo en tu regazo y dale paz eterna.

La escaramuza fue brutal, Antón y Rivus cabalgaron en primera línea matando a tanto pagano se interpusiese en su camino, los pueblerinos no podían hacerles frente, caían bajo el peso de los caballos y eran abatidos por las picas de los jinetes. Cuando toda resistencia fue mermada procedieron a quemar las casas, no tuvieron piedad con los pobres indefensos que ahí moraban. En cuestión de minutos la villa quedó reducida a cenizas, Rivus pidió permiso para levantar un monolito que sirviese de recuerdo para la memoria del emisario y de santuario para el señor. La petición fue respaldada por Acacio y Celia, Antón tuvo que acceder de mala gana.

—Por favor señor, bendice estas tierras y ten piedad con las almas corrompidas de estas personas —rezaron los tres.

Mientras esto ocurría, Antón y los soldados revisaban en los escombros de la ciudad en busca de materiales útiles para proseguir la campaña. Removiendo algunos escombros encontraron a un niño atrapado, hablaba una lengua ininteligible, pero su expresión facial hacía ver el odio de su corazón, Antón lo degolló con un movimiento certero de su espada.

—Un valor admirable, pequeñín —dijo mientras limpiaba su espada—, lástima que estuviste en el bando equivocado.

Esa misma noche, Rivus se enteró de lo que había hecho su teniente.

—Cuan terrible es estar bajo la influencia del mal —pensaba mientras cenaba en la tienda—. Ese niño corrompido y derrotado aún quería hacer daño, que pena.

Celia lo miró de reojo, intuyó lo que pensaba.

—Lo único terrible —le dijo— ha sido la sangre derramada de los nuestros.

Los días no fueron muy distintos de ese, aunque ahora había una pequeña diferencia: los pueblerinos salían a su encuentro antes siquiera de poder enviar a alguien para comprobar la lealtad de los mismos.

Capítulo 6

No hubo manera de detenerlos, ni la lluvia, ni el frío, ni las largas noches, ni la enfermedad, con férrea determinación daban paso tras paso. No sabían a donde se dirigían, condenados a seguir hacia adelante, no se detuvieron ni a ayudar a sus camaradas heridos. Varios días de marcha después, por fin vieron una ciudad en el horizonte, era amplia, grande, soberbia, no había un castillo en su centro ni muros que la protegiesen del exterior, en su lugar se levantaba una casona blanca de dos pisos, alguna relevancia tendría que tener.

—Tal parece que por fin llegamos al origen del problema —comentó Antón al ver la magnífica ciudad—. Demonios o no, no es incuestionable su buen gusto para construir.

—Cuidado mi querido teniente, el mal tiene mil y un artificios para seducir —le advirtió Acacio—. Llegará un momento en que nuestras almas serán puestas a prueba y no habrá más arma que la fe para resistir.

Antón se mofó de él.

—No vengo a resistir sino a vencer —dijo con orgullo—. Dadme un arma con el cual vencer esta calamidad.

—Solo el amor del señor puede vencer este mal, somos meros instrumentos de su hacer y solo él tiene el poder de regresar a ese demonio al infierno —le instruyó Celia.

Rivus escuchaba atentamente la discusión, pero no se atrevió a pronunciar palabra.

—Lo que digan —refunfuñó Antón—, pero nadie pondrá un pie en esa ciudad sin un plan previo, volvamos a la tienda, tenemos un sitio que organizar.

El sitio comenzó al anochecer, las tropas rodearon la ciudad estableciendo un cordón a su alrededor, nada extraño podría entrar ni salir por las buenas. Cuando se hubo confirmado la integridad del bloqueo, una escuadra compuesta por los cuatro héroes y un grupo de selectos soldados se dispusieron a hacer ingreso a la ciudad, esto apenas hubo salido el primer rayo de sol. Un montón de arqueros les cubrían las espaldas, listos para prender fuego sobre la ciudad si la cosa se ponía turbia. El acceso fue lento, cada casa era revisada y nadie daba un paso por la calle hasta que hubiese seguridad en el andar. Sin embargo, todas las casas estaban vacías, nadie estaba allí para ofrecer resistencia. Lejos de descuidarse, duplicaron los esfuerzos, sus entrenamientos marciales no los poseían en vano y los aplicarían, aunque no hubiese necesidad. Tarde

llegaron a las puertas de la casona central de la ciudad, estaban bloqueadas desde el interior, aunque no había rastro de vida.

—Si está bloqueado es por algo —dijo Rivus, palpando el pórtico. Antón parecía ignorarlo.

—Soldado, vaya con dos compañeros a las afueras y remita la orden de ocupar la ciudad —ordenó Antón—. Cualquier resistencia debe ser eliminada.

—Sí señor, inmediatamente —obedeció—. Ustedes dos, conmigo —dijo indicando a dos subalternos.

—Debemos estar preparados para lo peor —precavió Acacio— si el demonio está adentro, no estará solo, sus huestes deben estar protegiéndole.

—Es una construcción amplia, podría haber decenas de ellos —añadió Celia.

—Rivus, tu deber es proteger a Acacio y Celia con tu vida, solo ellos pueden acabar con esto —dictaminó Antón—. ¡Soldados, derribad la puerta!

A golpes derribaron la puerta ya que no poseían elementos de asedio, le costó bastante, un montón de muebles impedían que se abriese. Abierta, una ventisca helada salió de la casa dejando ver la oscuridad en su interior y amedrentando a los soldados.

—¡Dios, protégenos! —rogó Rivus, conteniendo los nervios—, si he de huir será hacia adelante.

Apenas ingresaron a la casona esta se iluminó, candelabros aparecieron de las paredes que por arte de magia se encendieron sin intervención alguna.

—Por favor, aléjense de esta morada —dijo una voz gentil masculina que parecía venir de todas partes—. No tenemos nada que les interese.

—Aquí empieza la batalla —dijo Celia— no debemos ceder ni un centímetro.

Ignoraron la petición y continuaron avanzando.

—Por favor, esto debe ser un malentendido, abandonen nuestro hogar, por favor —rogó una gentil voz femenina.

Hicieron oídos sordos, no tenían ganas de echarse para atrás, habían viajado desde muy lejos para acabar con esto de una vez por todas, llegarían hasta el final ¿Acaso debe uno cuestionarse ante las puertas del éxito?

—Por favor, tomen lo que sea, pero déjennos en paz —suplicó una voz infantil, atemorizada.

No escucharon, recorrieron todo el primer piso sin resultados. Con obstinada osadía invadieron la segunda y última planta. Arriba el ambiente era distinto, una amplia sala de estar se revelaba ante los extranjeros, su decoración amena quitaba toda gana de combatir, sin embargo, parecían los ocupantes ser inmunes a cualquier súplica de paz, no había más lugar para buscar que el interior de unos amplios armarios en el fondo de la sala. Antón, Rivus, Acacio y Celia fueron los primeros en poner pie sobre la estancia, de imprevisto, la escalera cedió, dejándoles atrapados en el segundo nivel sin poder recibir ayuda de las tropas. De pronto se escucharon sonidos de combate, abajo peleaban villanos y protectores.

—¿Qué es lo que quieren?! —les interpeló una voz desde uno de los roperos del fondo—. ¡Déjennos en paz, os lo rogamos!

Antón y Rivus iban por delante, empuñaban sus espadas, vigilantes. Acacio y Celia sostenían una serie de instrumentos eclesiásticos mientras, cabizbajos, murmuraban rezos para debilitar al demonio. Al abrir la puerta del guardarropa corrió un hombre adulto contra ellos, empuñaba un cuchillo con ambas manos y llevaba una expresión de terror en su rostro, Rivus se apartó dejando vía libre para que diese con Acacio, el pobre terminó con su vientre rasgado letalmente.

—¡Fuera de nuestra casa! —gritó mientras se derrumbaba sobre el cuerpo de Acacio.

Antón lo quitó de encima de una patada y le clavaba su espada en el pecho, un grito sordo se escuchó desde el fondo: una mujer contenía su dolor de ver como un bandido de brillante armadura perforaba el pecho a su esposo.

—¡Bastardo! —le gritó mientras cargaba contra él, empuñando una barra de metal—. ¡Sádico asqueroso!

El soldado se reía de la acción desesperada de la mujer, enfundó su espada y la recibió de un manotazo en el rostro, ella cayó de bruces al suelo.

—¿Qué es esto? —preguntó entre risas—. ¿La familia feliz?

Contra todo pronóstico y haciendo de tripas corazón esposo de la mujer se puso de pie para apuñalar al sinvergüenza en la espalda, un grito de dolor incontenible inundó la sala, el bellaco se dio media vuelta y le abrió el vientre de un tajo, un olor fétido se empezó a diseminar por el ambiente. Sin duda, había muerto.

—¡Cobarde! —le gritó con odio al cadáver— atacando a traición, que falta de honor.

Entretanto, la esposa no se dejó amedrentar por el miedo, aprovechando que el tipo estaba de espaldas e ignorando sus recién pronunciadas palabras, golpeó con todas sus fuerzas el casco del militar, un sonido agudo y retumbante removió hasta los cimientos de la casa. El forajido perdió el conocimiento.

—Ser malvado y repugnante —le condenó una mujer vestida con blancas túnicas.

La dueña de casa no se dejó juzgar por insignificante asaltante, le propinó un certero golpe en el cráneo, dejándola malherida en el suelo, aunque consciente.

Guiada por su instinto soltó su arma en el acto y corrió a revisar el cuerpo de su marido, puso su cabeza entre sus piernas y le acariciaba la frente, desesperada.

—No te mueras, por favor no te mueras —le pedía infructuosamente, llorando, pese a haber una enorme cantidad de sangre y vísceras fuera de él.

La madera del suelo rechinó, otro bandido caminaba hacia ella, suspiró, ya no quería dar más pelea.

—Mamá ¿qué le pasó a papá? —preguntó un niño desde el fondo de un armario—. ¿Hay hombre malo?

Un suplicio premonitorio llenó a la mujer, el pánico le congeló. Como un autómatas el rufián dejó caer su espada sobre la cabeza del niño, fue un corte limpio que separó el cuerpo en mitades hasta la altura del estómago. La madre, absorta en sí misma cayó en un síncope.

—¿Por qué? ¿por qué? ¿por qué? ¿por qué? ¿por qué? —se repetía una y otra vez, se balanceaba sobre sí misma.

—¿Cómo te atreves a preguntar semejante barbaridad, bruja maldita? —le dijo una voz tan lúgubre como invariable—. ¿Acaso no has causado

suficiente sufrimiento ya?

—¿iDe qué rayos hablas?! —le gritó—. ¡Vienes a mi casa y matas a quienes amo! ¡Vienes a nuestra ciudad y arrasas con toda ella! —su voz se apagaba, poco a poco se iba muriendo en vida.

—¡Silencio demonio! —le gritó golpeándola en la boca— no pienso creer ninguna de tus mentiras, morirás de una vez por todas —dijo al levantar su espada.

Justo antes de blandir su espada, el techo se desprendió, cayendo sobre ellos. Se protegió con sus brazos, conteniendo el golpe. La mujer tuvo peor suerte, quedó inmovilizada bajo los escombros ardientes. El calor llenó todo el ambiente, un calor abrazador que calcinaba el aire mismo, la casa se quemaba a fuego vivo.

—¿Qué está pasando? —se preguntó Rivus—. Nadie ha dado la orden de prender fuego.

—No tienes escapatoria —le dijo moribunda.

Las paredes cayeron, Rivus vio como toda la ciudad ardía, el fuego estaba presente hasta en el lugar más recóndito de la ciudad, toda su belleza se reducía a cenizas.

—Esto no está bien, las órdenes eran eliminar la resistencia, no la ciudad —se dijo Rivus, asustado—. ¿Juegas con mi mente, bruja?

—¿Bruja? ¿Acaso las brujas sangran? —le preguntó al tiempo que le mostraba sus heridas.

Algo dentro de Rivus se conmovió, algo no iba bien, empezó a dudar de su cometido, no se atrevió a rematar a su adversaria.

—¿Acaso una bruja defendería a su familia con una simple barra de metal? —añadió con su último aliento—. Tan solo ruego a dios que te maldiga para siempre, que te condene al sufrimiento eterno...

—¡Basta ya! —le gritó asustado, le cercenó el cuello de un solo corte.

El aire le quemaba los pulmones, el humo le impedía ver con claridad, la madera ardiente le ensordecía, no obstante, logró escuchar un quejido dentro del caos, era Celia, aún estaba viva, dejó caer su espada y corrió a levantarla, la tomó entre sus brazos y se arrojó por una ventana al vacío, el barro fue un duro recibimiento para ambos, abajo unos soldados les levantaron, pero no pudieron sostenerse en pie, lo último que Rivus oyó fueron los gritos de los soldados pidiendo una camilla.

Capítulo 7

Esta es una vida corta, que no cuestiona quienes somos ni que implica ser quienes somos. Esta es una historia corta, que no pretende cuestionar lo que hacemos.

Rivus despertó en una camilla, sudoroso y con el corazón agitado. No recordaba muy bien que había pasado. Su primera reacción fue levantarse, cayendo al suelo. Todo el pelotón se detuvo por su culpa. Antón en persona fue a ver el descalabro.

—¡Hombre! —gritó sorprendido—. ¡Rivus, has despertado!

—¡Estás vivo! —exclamó este al verlo.

—Pues claro que sí, unas puñaladas no son rival para mí, por algo soy el terrible —dijo entre risas—. Rivus, la conquista de la ciudad ha sido exitosa, han depuesto las armas y la rendición ha sido absoluta, contaré tus hazañas a la corte, los más grandes honores caerán sobre ti.

—¿Conquista de la ciudad? —preguntó desconfiado Rivus—. Pero si la arrasamos completamente...

Antón abrió los ojos sorprendido.

—¡Médico! —gritó— revise la cabeza de este hombre —ordenó mientras se daba media vuelta—, se retoma la marcha ide inmediato!

Rivus se llevó las manos a la cabeza, tenía vendajes en su frente, algo no había ido bien.

Horas de marcha después llegaron a un punto de control, allí solo algunos abordaron un carruaje con destino hacia la capital del reino. Justo antes de subir se encontró con Celia, irían en el mismo carruaje hacia el mismo destino. Se sentaron uno frente al otro, les acompañaban dos oficiales, desconocidos para ellos, nadie cruzó palabra hasta que los oficiales bajaron horas después.

—¿Cómo está tu cabeza Rivus? —le preguntó ella.

—Pues bien —respondió inmediatamente Rivus—, aunque estoy confundido respecto de los hechos que acaban de pasar.

—¿Qué es lo que te confunde? —le preguntó Celia, interesada.

—Tengo recuerdos de una pelea contra una bruja, pero no recuerdo haber

tomado la ciudad para el reino —le confesó—. ¿Es algo normal?

—Cierto es que peleamos contra un demonio —comenzó ella—, y cierto también es que conquistamos una ciudad para el reino...

—Sí, algo recuerdo —mintió Rivus—. ¿Es normal estar confundido después de haber peleado contra el mal?

Celia le sonrió amablemente.

—Por supuesto que sí —dijo en tono de regocijo—, estuvimos expuestos a una tremenda dosis de maldad, pero el tiempo curará todas nuestras heridas.

Rivus rezó con Celia en ese momento, rezó durante gran parte del trayecto de vuelta, aunque esta vez no sintió nada en su corazón, solo el vacío de sus palabras retumbando en su mente.

Capítulo 8

Sin querer se había quedado dormido en el carruaje, no se había dado cuenta, cuando despertó estaba con sus manos juntas y su cabeza apoyada en ellas, como si estuviera rezando. Celia no parecía haberse cuenta, pues seguía en sus rezos, como si estuviese dentro de un trance. Esta vez no hubo pesadillas ni ningún sueño. Fue como un desmayo.

—Qué sensación más extraña tengo —pensó—, algo me falta.

Se reclinó en su asiento y contempló el exterior por medio de la diminuta ventana de la puerta del carruaje, faltaba bastante trecho para llegar a la capital del reino, aunque podía observar sin mucho esfuerzo que las lluvias se debilitaban a medida que avanzaba. Rivus miró por horas el horizonte, cuando la falta de luz le impidió continuar reparó en que llevaba toda la jornada en eso, no pensaba, no imaginaba, tan solo miraba el paisaje, absorto. Confundido, volvió su mirada al interior del carro, Celia dormía plácidamente o eso alcanzó a distinguir en la penumbra, intentó examinar sus manos, buscando algo en ellas sin saber realmente que. Cerró sus ojos, intentando concentrarse, pero ningún pensamiento le venía a la cabeza, sin darse cuenta, cayó dormido.

Los siguientes días de viaje no fueron distintos de aquellos, la mente de Rivus parecía no estar con él. Respondía a los estímulos de Celia, conversaba normalmente, a simple vista nadie se hubiese percatado del cambio en su interior. A pesar de ello, efectivamente, algo era diferente: cada palabra, cada gesto, cada suspiro era automático, Rivus no podía comprender como su cuerpo actuaba por inercia, como si su voluntad estuviese ausente y, no obstante, seguir percibiéndose dueño de sí mismo. Cuando llegaron a la última posada antes de la ciudad, Rivus tropezó al bajar y cayó de bruces contra el lodo, el olor a tierra y la humedad causaron un despertar en él.

—Pensé que la lluvia era problema del exterior del reino —comentó mientras se ponía de pie y se quitaba la mugre de la cara—. ¿Por qué hay barro tan cerca de la ciudad?

—Son solo unos chubascos sin importancia —comentó Celia—, lo suficiente para regar las plantaciones.

Rivus no le creyó, hubo algo dentro de su mente que le animó a no contestarle, prefirió mostrarse conforme con la respuesta de Celia.

Capítulo 9

Una vez en la capital, una comitiva real salió a recibirlos, la capitaneaba Ike, su rostro impávido hacía ver que no había cambiado mucho desde la última vez. Rivus poseía la misma expresión.

—Por favor, permítanos acompañarles hasta el castillo —dijo Ike—, su majestad y el sumo pontífice han dispuesto un recibimiento de excelencia.

No hubo oposición, todos se dirigieron al castillo, su andar por el pueblo pasó desapercibido, no hubo ningún recibimiento como al inicio de la campaña, claramente influía la ausencia de un desfile marcial, un simple grupo de siete personas caminando sin apuro por la ciudad no es algo digno de celebrar.

Una vez dentro, les asignaron sus estancias, Rivus disfrutaba de una amplia habitación, con baño propio y una panorámica vista de la metrópoli. Celia regresó a sus dependencias eclesiásticas.

Habría una ceremonia para ellos dentro de unos días, había alboroto en los preparativos, un montón de criados cambiaban la decoración del castillo, los colores vivos se hacían ver como la nueva fachada del castillo, ni rastro de los tonos apagados del comienzo. Ike cayó en cuenta que su viejo amigo no salió de su alcoba en ninguno de esos días, preocupado fue a su encuentro. Golpeó la enorme puerta de madera, presentándose.

—Adelante —dijo una voz fría.

—¿No piensas ver cómo el castillo se prepara para la celebración en tu honor? —le preguntó Ike al tiempo que entraba al dormitorio.

Rivus se rio sonoramente.

—¿Celebración de honor? —preguntó confundido—. ¿Mi honor?

Ike se quedó callado, no era la respuesta que esperaba.

—No te creas esa mentira, querido amigo —continuó Rivus—. Hoy celebramos la conquista de nuevas tierras para este naciente imperio, ya nada nos detendrá.

—¿Qué estás diciendo? —rio Ike—. Hoy celebramos tu victoria ante la bruja del este, honramos a quien pudo acabar con su maldad y liberar al reino de su sombra.

Rivus lo miró con un gesto psicópata, irracional.

—Claro que sí —respondió al fin—. Hoy es mi día, tengo que ponerme mis ropas ceremoniales ¡dispensadme, amigo mío!

Ike salió confuso de la habitación, quien fuese su amigo antes de partir había cambiado terriblemente al volver.

Capítulo 10

La ceremonia destilaba carisma y solemnidad, hasta el criado más humilde vestía de tal manera que parecía noble, la corte entera parecía un paisaje surrealista más que un grupo de personas pintorescamente vestidas. Al centro del salón estaban de pie Antón, Rivus, Celia y un paje con el escudo de armas de Acacio, los cuatro héroes reunidos una última vez. Frente a ellos estaba el rey y el sumo pontífice, dichosos ambos pues la paz se respiraba por sus tierras. Resguardando las puertas de entrada y las salidas estaban los soldados, Ike entre ellos, tal era el sosiego en el reino que parecían descuidar sus roles y se dejaban inundar por el gozo de la victoria. La ciudad entera respiraba tranquilidad y armonía. Los cuatro protagonistas de la epopeya en tierras sombrías recibieron coronas de olivo, especias y perfumes. Sus nombres quedaron inmortalizados en los anales del reino, serían recordados para siempre. Por desgracia, justo en ese mismo momento, algo muy distinto del jolgorio sucedía en el pueblo natal de Rivus e Ike: las bestias atacaban nuevamente, allá nada había cambiado.